

KORIMBA.COM

STORY IN SPANISH

AUGUST DERLETH

ALGO DESDE ALLÁ AFUERA

Existe una tendencia por parte de la gran mayoría de las personas no solo a darse por sentado, sino a tomar todos los aspectos de su existencia de la misma manera. A veces pienso que todos somos demasiado propensos a aceptar como ley inmutable el orden científico de las cosas, y no estamos lo suficientemente preparados para desafiar ese orden. Sin embargo, las leyes científicas se modifican y se violan a diario; nuevos conceptos pasan a primer plano y reemplazan a los antiguos; y, a su vez, son reemplazados por teorías aún más nuevas basadas en hechos igualmente irrefutables en apariencia.

Pero, en realidad, muchos hechos recién descubiertos tienen sus inicios en el tiempo antes de los registros del hombre, y ciertamente fue en un pasado tan lejano que el llamado Misterio de Malvern tuvo su origen. Hasta cierto punto, sigue siendo un misterio, ya que nadie puede explicar satisfactoriamente lo que se encontró en Hydestall, ni de dónde vino, ni cómo llegó allí en primer lugar.

Mi propia participación en el misterio se remonta a la noche en que el alguacil de Lynwold, John Slade, me despertó golpeando la puerta de mi oficina y casa combinadas y, al abrir una ventana, me dijo que había traído a Geoffrey.

—Lo encontré loco —dijo Slade en una breve explicación.

Me vestí, bajé las escaleras y ayudé a Slade a llevar al joven a mi oficina, donde logró sentarse sin derrumbarse, aunque parecía estar a punto de caer juntos; allí se acurrucó, cubriéndose el rostro con las manos, estremeciéndose y temblando como por los efectos de una profunda conmoción.

Miré a Slade, que estaba toqueteando la áspera barba incipiente de su barbilla, y aparentemente mis ojos hicieron la pregunta que estaba en mi lengua, ya que Slade sacudió la cabeza con impotencia y se encogió de hombros; así que era obvio que se había encontrado con Geoffrey en esta condición y lo había traído directamente a mi oficina. Me acerqué a Geoffrey y puse mi mano suave pero firmemente sobre su hombro.

Él gimió. Pero en un momento sus manos se apartaron de su rostro y miró hacia arriba. No pude evitar traicionar mi sorpresa: apenas podía creer que este rostro demacrado, pálido como la tiza, manchado de barro, con ojos inexpresivos y sin

reconocimiento pero iluminados con una luz ardiente, intensa y angustiada, pudiera ser el rostro de Lord Malvern, hijo. Aunque no había la menor señal de reconocimiento, la expresión de su rostro, la atención de sus ojos ahora que se habían acostumbrado a la luz, eran evidencia de que miraba a alguien o algo que veía en su mente.

—¿Qué pasó, Geoffrey? —pregunté persuasivamente.

Al oír mi voz, se dobló una vez más, acurrucándose en la silla, enterrando su rostro angustiado entre sus manos, e hizo una especie de gemido, como el de un hombre aterrorizado, uno de los más sonidos desagradables que un médico puede oír.

Fue entonces, cuando abrió más las manos que antes, y una piedra cayó de ellas. Geoffrey no pareció darse cuenta. Así que me agaché y la recogí. Era una piedra extraña, de forma extraña, en forma de estrella de cinco puntas, que sugería manufactura; y, sin embargo, su apariencia desmentía esa sugerencia. Era al menos en parte producto de manos humanas; porque tenía una inscripción, ahora parcialmente borrada, pero estaba seguro de que podía leerse. De hecho, pude distinguir tres letras de lo que parecía ser una firma después de la inscripción: AV. V.

La edad de la piedra era indeterminada, pero la inscripción en latín, su aspecto general y sus incrustaciones, sugerían que había estado en el mar, y que tenía al menos varios siglos de antigüedad.

Pero el aspecto más curioso de la piedra y ese primer contacto con ella fue este: apenas la tomé, tuve conciencia de una extraña sensación de poder, una especie de fuerza benigna que parecía fluir a través de mí. También sentí cierta urgencia, como si hubiera algo relacionado con la piedra necesitara hacerse. Me parece ahora, escribiendo en retrospectiva, que fue esto más que la condición de Malvern lo que me impulsó a investigar el misterio y así quizás salvar a Lynwold y al campo circundante del horror que podría haberse desatado sobre ellos.

Por el momento, sin embargo, estaba demasiado perturbado para prestar atención a estas fuertes impresiones. Sostuve la piedra ante los ojos de Geoffrey, levantando su cabeza por el cabello despeinado y obligándolo a mirar.

—¿De dónde sacaste esto, Geoffrey? —pregunté.

—¡La piedra! —murmuró.

Por un momento sus ojos estaban despejados del inquietante horror que los llenaba, pero no dio señales de haber escuchado mi pregunta. Luego comenzó a balancearse un poco, de un lado a otro, murmurando entrecortadamente para sí mismo, gimiendo como si sufriera una agonía física.

Claramente, no se podía hacer nada, salvo darle un sedante y llevarlo a la cama.

Esto hice, enviando a Slade a llevarlo en mi auto a la vieja y demacrada casa de Lord Malvern en la costa. Luego llamé a Lord Malvern, padre, para explicarle que habían encontrado a Geoffrey vagando por las calles. Prometí levantarme por la mañana y echarle un vistazo. Lord Malvern fue inusualmente brusco, pero esto lo interpreté como motivado por la sospecha de que su hijo había estado haciendo travesuras, ya que las relaciones entre padre e hijo eran tensas debido a las frecuentes escapadas de Geoffrey.

No fue hasta el día siguiente que supe en líneas generales los movimientos de Geoffrey Malvern. Había salido de casa solo la mañana anterior para dar un largo paseo por las tierras bajas cercanas a la orilla del mar. De manera serpenteante se dirigió al priorato en ruinas cerca de la finca de su padre, al que había llegado poco después del mediodía. Hacia las cuatro de la tarde, se detuvo en una taberna cerca del priorato a lo largo de la carretera de la costa y tomó un almuerzo ligero; posteriormente se detuvo en la pequeña cabaña donde ahora vivía el antiguo jardinero de Malvern. Tanto el tabernero como el ex jardinero testificaron que Geoffrey había bromeado con bastante ganas antes de continuar su camino.

Lo habían visto regresar al priorato antes de las cinco, y varios automovilistas de Lynwold lo habían visto leyendo a la sombra de un bosque de tejos cerca de las ruinas entre las cinco y el anochecer. Al anochecer o cerca de él, Jeremy Cotton, un maestro de escuela, había pasado por el priorato a pie y, al ver a Geoffrey, había cortado la carretera de la costa y había entrado en los terrenos del priorato para hablar con él.

Geoffrey había estado en ese momento ocupado hurgando en las ruinas. Cuando llegó Cotton, evidentemente acababa de encontrar una especie de piedra extraña que le había mostrado al maestro de escuela. La descripción que hizo Cotton y su relato de su intento de descifrar su inscripción me convencieron de que la piedra era idéntica a la que ahora tengo en mi poder. Cotton recordó que Geoffrey había sentido una intensa curiosidad por la piedra en forma de estrella. En ese momento le había sorprendido lo que ahora consideraba pensativamente como una «fascinación indebida». Cuando se le preguntó sobre el libro que Geoffrey había estado llevando, Cotton lo identificó como las Catedrales de Inglaterra de James, y agregó que Geoffrey le había dicho que tenía la intención de visitar la catedral en ruinas de Hydestall, que se asomaba en el horizonte, no lejos del priorato.

Estos hechos me los arreglé para establecer. A partir de entonces siguió un intervalo en blanco, y luego, poco después de la medianoche, se produjo la entrada de Geoffrey en Lynwold, en las condiciones en las que Slade lo había encontrado. Algo había sucedido entre el anochecer y la medianoche que desequilibró temporalmente a Geoffrey Malvern.

El misterio me intrigaba y, además, me sentí impulsado a resolverlo, lo sé ahora, por un poder que escapa a mi control, aunque no había anticipado en ese momento que Geoffrey Malvern podría recuperarse para contar su propia historia, confirmando los descubrimientos que se hicieron.

Lejos de haber arrojado alguna luz sobre el misterio de mi visita a Malvern esa mañana, estaba más desconcertado que nunca, no tanto por el estado de Geoffrey, que había cambiado muy poco; sino más bien por la actitud de Lord Malvern. Me pidió que no dijera nada del asunto a nadie, y en el curso de su conversación conmigo dejó caer varias pistas que parecían vincular la inexplicable locura de Geoffrey con algunas de las actividades del joven en Oxford.

No parecía querer que se investigara el misterio en absoluto y, sin embargo, en su referencia a los episodios de Oxford como escandalosos, Lord Malvern proporcionó la segunda de las pistas que resolvería el acertijo. La primera fue la estrella de piedra en sí, pero entonces no lo sabía. Esa noche comencé a preguntarme si no habría alguna conexión entre algún asunto en Oxford y el murmullo de Malvern en su delirio. ¿Quizás incluso entre la piedra de cinco puntas y los escándalos de Oxford? Recordé claramente que varios hechos vergonzosos habían provocado la expulsión de cuatro jóvenes de Oxford, y solo la influencia de Geoffrey lo había salvado de un destino similar.

Entonces, esa noche me volví hacia la piedra y limpié algunas de las incrustaciones para poder descifrar la inscripción. Afortunadamente, las partes más importantes aún se podían leer, aunque requerían estudio, e incluso el hecho de que todas las palabras clave estuvieran presentes no hizo que mi tarea fuera mucho más liviana. Las palabras y letras que se habían borrado por completo eran pocas y podían deducirse fácilmente. La inscripción, cuando la había traducido, era enigmática y vaga. Decía:

«La estrella de cinco puntas es la llave, con esta llave te aprisiono en el Nombre de Aquel que creó todas las cosas, Engendro del Mal, Maldito a los ojos de Dios, Seguidor del loco Cthulhu, que se atrevió a regresar de la siempre maldita R'lyeh, yo te encarcelo. Que nadie afecte jamás tu libertad. Agustín, obispo.»

La inscripción parecía ser la de Agustín, obispo de Hipona, famoso entre los eclesiásticos. Este fue el primer indicio que tuve con respecto a la edad real de la piedra.

La traducción fortaleció la conexión en mi mente entre la piedra y el trastorno de Geoffrey. ¿Y no se refería la piedra a «cosas oscuras»? Se habían hecho «cosas oscuras» en Oxford, según los relatos cautelosos que se habían hecho públicos. Entonces comencé a creer que la clave del misterio podría estar en las actividades de Oxford o, si no la clave, al menos alguna explicación sostenible que pudiera ayudar a

descubrir la clave. ¿Por qué no, pensé, preguntarle a uno o dos de los chicos que habían sido expulsados de Oxford sobre los asuntos que los habían llevado a la desgracia?

En consecuencia, envié un telegrama a Soames Hemery, cuya dirección encontré en una carta que había enviado al Times. Sugerí que Hemery trajera a uno o dos de los otros jóvenes implicados en el escándalo, si era posible, y le expliqué que la salud y el bienestar de Geoffrey estaban en la balanza.

Hemery y Duncan Vernon, ambos amigos de Geoffrey, llegaron temprano a la mañana siguiente. Ambos parecían ser jóvenes enérgicos y entusiastas, aunque con cierto aire de moderación, y ambos estaban ansiosos por ser de toda la ayuda posible. Sus preguntas fueron curiosamente insistentes una vez que supieron la condición de Geoffrey. Sobre todo querían saber qué había dicho Geoffrey.

—Nada coherente —respondí con prontitud.

Y, sin embargo, no pude evitar pensar que había hablado con bastante claridad. Había dicho varias veces: «¡Algo de ahí afuera!». Repetí esto y mencioné la piedra estelar que Geoffrey había estado cargando.

Los ojos de Vernon estaban rígidos, y había una leve, aunque preocupada, sonrisa en sus labios.

—¿Vio la piedra, doctor? —preguntó al poco tiempo—. ¿Qué fue de ella?

Fui al armario donde había colocado la piedra de cinco puntas y se la llevé, junto con la inscripción y mi traducción. También Hemery se acercó y los dos, incapaces de ocultar una creciente excitación, tocaron la piedra con asombro.

—La encontró entonces —murmuró Vernon—. Y tradujo algo, por lo visto.

—Notable —agregó Hemery.

—Esta traducción es excelente, doctor —agregó Vernon.

—Me temo que tienes algunos conocimientos que yo no tengo —admití.

En este punto, Slade interrumpió nuestra conversación al entrar apresuradamente. Dijo sin preámbulos:

—Han encontrado muerto al viejo Cramton y quieren que usted examine el cuerpo.

Cramton era un pescador solitario que vivía en una cabaña al otro lado de Lynwold.

Supuse instantáneamente que su muerte fue natural, ya que había sido un anciano desde que tenía memoria.

—¿Qué le sucedió? —pregunté.

—Nadie lo sabe. Lo encontraron en la cueva que esos muchachos descubrieron debajo del antiguo priorato.

Hemery y Vernon se inclinaron hacia adelante, repentinamente interesados. A mí también me sorprendió la mención del priorato y la introducción de una cueva hasta ahora desconocida.

—Una cosa a la vez, John —dije—. ¿Qué muchachos?

—Los tres que se perdieron ayer, doctor.

—Me temo que no sé nada sobre ellos —admití.

—Los dos hijos de Henry Kopps, y Albert de Jibber Cloy —dijo Slade, y se lanzó sobre su historia, que era bastante simple.

La tarde del día anterior, los tres niños pequeños habían subido a las ruinas del priorato y no regresaron. Cayó el anochecer, la noche, y los chicos aún no regresaban. Un grupo se dispuso a buscarlos y finalmente los encontró, a salvo en la orilla del mar, mucho más allá de Lynwold y aún más lejos del priorato, aturdidos y asustados, y sin idea de cómo habían llegado allí.

Las preguntas que se les habían hecho habían sacado a relucir una historia extraña. Habían ido a las ruinas, donde habían encontrado una cueva y un pasadizo que conducía debajo, y habían bajado a explorar. Se habían arrastrado a lo largo de la cueva hasta que se encontraron con un extraño bulto en la oscuridad. Lo habían palpado, estaba demasiado oscuro para ver nada, y habían quitado un botón de lo que parecía ser un abrigo o una capa. Entonces sus manos entraron en contacto con una cara, se asustaron terriblemente y corrieron. Pensaron que estaban perdidos, y durante mucho tiempo vagaron por un laberinto de cuevas, en algunas de las cuales había agua —mucho— hasta que finalmente salieron a la orilla del mar, sin saber dónde estaban.

Los encontraron bastante después de la medianoche. ¿Habían visto algo en el priorato? Sí, lo habían hecho. Justo al anochecer, pero no había nada que lo describiera.

—Como algo del parque de animales de Londres —dijo uno de los chicos.

El botón que habían encontrado se identificó como un viejo botón de latón perteneciente a un abrigo bien conocido como propiedad de Cramton. En consecuencia, se lo buscó, pero no fue posible encontrarlo. Finalmente se supo que no lo habían visto en los últimos días, no desde la noche del extraño ataque de Geoffrey. El botón, sumado a la desaparición del pescador y la historia del curioso bulto con la cara provocó una búsqueda de su cuerpo. Se había encontrado en la cueva del priorato cuando la marea estaba baja, pero en un estado extraño e incomprensible.

Como médico forense, me necesitaban en la funeraria. La conexión sugerida con la experiencia de Geoffrey era demasiado patente para ignorarla. No perdí el tiempo en hacer más preguntas, pero, sugiriendo a mis invitados que me acompañaran, llevé a Slade a ver el cuerpo de Cramton, que de hecho se encontraba en un estado notable: frío, casi helado y rígido. Bien podría haber estado congelado, si esto no hubiera sido tan absolutamente imposible. Tal como estaba, la causa de la muerte podía atribuirse a lo que fuera que había aplastado a Cramton; porque estaba aplastado, tanto como si el priorato se hubiera derrumbado sobre él, sus huesos astillados y su carne horriblemente destrozada.

Fue la visión del cuerpo de Cramton lo que impulsó a los jóvenes amigos de Geoffrey a renunciar a más reticencias. Sentí que estaban en posesión de información que yo no tenía, pero también me di cuenta de que ambos se mostraban reacios a hablar. La visión de Cramton, sin embargo, tuvo un efecto ominosamente deprimente en mis dos compañeros, aunque no fue hasta que firmé el certificado y salí de la funeraria que rompieron su silencio.

—Me temo que de alguna manera nos hemos metido en algo demasiado peligroso —dijo Hemery—. No es sólo Geoffrey quien está en peligro, no hay mucho que hacer por él. También puedo decirle, doctor Currie, que si Geoffrey no hubiera tenido esa estrella de piedra, lo hubieran encontrado como ese tipo de allí.

—Continúe —dije en voz baja—, estoy empezando a ver que tenía razón al sospechar que esto tuvo su origen en Oxford.

Ninguno lo negó. Vernon admitió que su expulsión se había realizado por motivos justificados.

¿Y cuáles fueron los hechos?

Magia antigua, hechicería, peor que eso. La habían practicado, no muy en serio, por supuesto.

—¿Pero qué hiciste exactamente? —pregunté.

Vernon retomó la historia.

—Todo el asunto tuvo un comienzo accidental.

»Geoff no debería haber ido solo en busca de la piedra. Fue por accidente que nos topamos con un capítulo extraño de la tradición oculta que habría estado mucho mejor escondido. Éramos estudiantes de literatura oculta, y a menudo nos habíamos encontrado con pistas y sugerencias curiosas de horrores innombrables, no precisamente del tipo cosas con las que te encuentras en la jerga de la Misa Negra, y siempre había nombres extraños aliados a tales pistas, y referencias a los Dioses Antiguos y algunos otros que pretendían ser genios locos del mal que habitaban el espacio exterior antes de que el mundo fuera hecho, y que descendieron para devastar la Tierra y fueron vencidos por los Dioses Mayores y desterrados a varias partes del cosmos, uno de ellos al fondo del mar, donde se dice que su engendro maldito vive en las profundidades de las cavernas en un lugar perdido llamado R'lyeh o Ryah o Ryché.

»Por supuesto, estas referencias no tenían ningún significado para nosotros; eran tentadoras, ciertamente, con sus sugerencias muy reales de los horrores externos, y en su curioso paralelismo con leyendas similares en la antigua tradición de los pueblos primitivos en todas partes del mundo. Pero, finalmente, Hemery tropezó con una serie de libros que nos contaban cosas ocultas durante siglos: uno escrito por un árabe supuestamente loco, otro por un médico alemán y, finalmente, las Confesiones de Clithanus, un monje que también se suponía algo trastornado. Al mismo tiempo, otro de nosotros encontró paralelos inquietantes en la ficción de ciertos escritores británicos y estadounidenses, lo que sugiere que ellos también eran conscientes de esta extraña mitología.

»Clithanus aludía directamente a Hydestall, es decir, la antigua catedral, y cuenta una historia de Agustín, sí, el San Agustín, obispo de Hipona, que visitó Hydestall. Clithanus había encontrado en la costa la piedra de cinco puntas, emblema del poder de los Dioses Mayores, y temida por los Antiguos y sus secuaces. Hay en las Confesiones inquietantes indicios de pasajes marítimos, cámaras innombrables y horrores bajo el mar frente a la costa de Hydestall, y una abertura en la costa en algún lugar de aquí.

—Entonces es posible —dije— que los pasajes en los que esos tres chicos que se perdieron ayer sean los mismos a los que se refería el monje.

Hemery asintió y continuó con la historia que Vernon había comenzado.

—Clithanus escribe sobre caminatas furtivas hacia los pasadizos y sobre sonidos débiles y horriblemente sugestivos provenientes de muy por debajo de la superficie del mar. El desplazamiento o remoción de la piedra que Clithanus encontró parece haber dejado una abertura para algo fuera de las profundidades, lejos de un reino marino perdido, o algún lugar, digamos, en el mar.

»En ese momento Clithanus se asustó y llevó su susto a Agustín. Fue el obispo quien desató la cosa, por el poder de la piedra de cinco estrellas, para ser encarcelado en un ataúd de piedra muy por debajo de los sótanos del priorato cerca de la catedral. En una antigua carta, Agustín escribe que el monje estaba loco, que él, Agustín, lo había desterrado a Roma, y es cierto que las Confesiones se publicaron originalmente en Roma. Pero de lo que vio, Agustín no dice nada salvo una línea críptica escrita a su Papa: «Algo de allá afuera regresó a estas costas». No hay nada más.

Hice la inferencia de que los jóvenes esperaban.

—¿Entonces crees que algo así como la «cosa» mencionada por Clithanus y Augustine, mató a Cramton, asustó a Geoffrey Malvern y fue visto por los tres muchachos perdidos en las cavernas?

Ambos asintieron sin dudarlo.

—Hay historias extrañas en algunos de esos libros antiguos: sobre la necesidad que tienen estos seres malvados de extraer la fuerza vital de los seres humanos, la necesidad del sacrificio de al menos tres hombres vivos para obtener el poder suficiente que les permita reanudar sus actividades nefastas. Un hombre está muerto. Hasta ahora no parece haber más. Todas las viejas leyendas describen a las víctimas como heladas y aplastadas, como Cramton fue encontrado. Me temo, Doctor, que incluso ahora la Cosa está acechando el priorato en busca de otras víctimas. Cramton desapareció la noche en que Geoff, sin saberlo, la liberó quitando la piedra. Solo nos queda devolver esta Cosa, si podemos, a los reinos hundidos de donde vino.

—Y cuanto antes lleguemos al priorato, mejor —añadió Vernon.

—Sí, ahora está anocheciendo; no es probable que la Cosa camine a la luz... no todavía. Tendremos que tomar la piedra.

Había escuchado esta fantástica historia con el conocido escepticismo del médico. Pero había una discreta persuasión tanto en Vernon como en Hemery. Además, no se puede negar que, si hubieran tenido la intención de un engaño, cualquiera de los dos podría haber inventado una historia mucho más creíble. Su historia, de hecho, era tan absurda que posiblemente fuera cierta, y se ajustaba a los hechos que estaban disponibles para cualquier observador desinteresado. Incluso si una parte de su historia fuera cierta, ciertamente había algo letal en el priorato, y había que intentarlo.

Una débil hoz plateada de luna brillaba bajo en el resplandor crepuscular cuando los tres salimos de la casa. Llevé la piedra estelar en mi bolsillo, con una mano cerrada sobre sus toscos contornos, la inscripción presionada contra mi palma.

La noche era tranquila, salvo por un leve viento del mar. Aparte de un comentario casual sobre la suavidad de la velada por parte de Hemery y mi propia respuesta, no hubo conversación.

Caminamos hacia las afueras de Lynwold, y estábamos a punto de tomar un atajo a través de los campos cuando vi una figura que corría por el camino hacia nosotros. Lo reconocí como Jasper Wayne, un granjero jubilado que vivía cerca del priorato.

Wayne se acercó a una velocidad temeraria, precipitada, gritando y llamándonos, porque él también nos había visto. En seguida se acercó, pero pasaron unos momentos antes de que se calmara lo suficiente como para hablar con coherencia, y luego la historia que contó fue confusa. Pero no era menos alarmante, ya que complementaba la historia que había escuchado tan dudosamente hacía poco tiempo.

Wayne había estado afuera justo al anochecer, barriendo el campo con un par de prismáticos. Al observar hacia el priorato captó un movimiento sombrío. Herbert Green, que venía por la carretera de la costa con los caballos, se acercaba al priorato. Cuando Green se acercó a las ruinas, la sombra reapareció, adquirió sustancia y pareció rodar torpemente, pero con cierta velocidad, hacia la carretera. Los caballos dieron un salto hacia adelante, pero no lo suficientemente rápido como para evitar que la cosa sombría se arrojara sobre Green. Durante unos momentos, Green se había oscurecido, los caballos lo arrastraban a él y a la sombra atacante a lo largo del camino en una nube de polvo. Entonces la cosa rodó, desapareciendo una vez más en la oscuridad que envolvía las ruinas. Los caballos habían arrastrado a Green a la granja, pero Green estaba extrañamente muerto, helado, aplastado horriblemente.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En el porche de mi casa, cubierto con una manta. Los caballos se escaparon y yo venía por ti, pero él está muerto, no necesita un médico.

—Continúa hasta Lynwold, a la funeraria —dije—. Si no estamos en tu casa cuando regrese, habremos ido al priorato.

Wayne se alejó de nuevo a través del crepúsculo cada vez más profundo.

—Dos muertos —dijo Hemery en voz baja, pero su voz delataba que estaba profundamente alterado.

Encontramos el cuerpo de Herbert Green en la granja de Jasper Wayne. Las marcas mostraban dónde había sido arrastrado el cuerpo. Retiré la manta, y de ese examen me di la vuelta en un estado muy agitado, reflejado en mis compañeros. Porque la de Green fue una repetición exacta de la muerte de Cramton: la misma frialdad, la misma rigidez, la misma pulpa triturada. Uno de esos casos había bastado para perturbarme;

un segundo fue más que suficiente para llenarme de horror, no solo por lo que había sucedido, sino por lo que aún podría suceder a la luz de la historia que Hemery y Vernon habían contado.

Sin embargo, era seguro que si se encontraba alguna solución, estaría en nuestras manos. No había nada que ganar aquí, con el cuerpo mutilado de la segunda víctima de la cosa en el priorato; se podía ganar todo si se procedía sin más demora al priorato mismo y si se evitaba, si era posible, cualquier otro atropello.

Las sombras se fueron haciendo más profundas alrededor de las ruinas a medida que nos acercábamos al priorato.

No hubo sonido ni movimiento entre las ruinas. Después de todo, ¿qué estábamos buscando? ¿Qué tipo de cosa? Le susurré mi pregunta a Vernon.

—No tengo más idea que tú —respondió—. Algo horrible más allá de toda descripción, o de lo contrario nunca habría vuelto loco a Geoff. Pero si la cosa está aquí, sentirá el poder que emana de la piedra.

Esperamos en silencio, inmóviles. Las voces de la noche habían disminuido al sonido de las olas resurgentes del mar cercano y los gritos lejanos de un chotacabras que navegaba por el cielo. Durante unos largos minutos la escena se mantuvo. Luego se elevó un nuevo sonido, cargado de terror, un sonido pesado y rasposo, acompañado de un terrible babeo. Provenía debajo del nivel en el que estábamos, de ese nivel donde, presumiblemente, se había escondido el legendario ataúd de piedra.

—¡Gracias a Dios tenemos la piedra! —murmuró Vernon.

De repente, una forma indescriptible se levantó entre las ruinas, emitiendo un ulular que pareció rodar desde las profundidades de su masa deforme. Vaciló por un momento, luego rodó torpemente hacia las tierras bajas que rodeaban las ruinas. Allí cobró velocidad a medida que avanzaba.

—Dame la piedra —dijo Vernon.

La entregué sin dudar.

Vernon gritó y corrió hacia la cosa, Hemery y yo muy cerca de él.

Pero la entidad aparentemente no nos había visto; avanzaba con paso firme hacia la catedral a una velocidad que nos obligaba a esforzarnos al máximo para seguirle el ritmo. Aun así, desapareció en la iglesia en ruinas antes de que pudiéramos alcanzarla. Una vez en las paredes sin techo de la catedral, Vernon hizo un alto.

—No sería bueno separarnos —advirtió—, no sea que la cosa nos atrape y nos aísle de la fuerza de la fuerza de la piedra, que entonces podría ser impotente.

En consecuencia, los tres entramos juntos en los pasillos sombreados de la catedral en busca de nuestra presa. Nos arrastramos silenciosamente a través de las ruinas y regresamos, y luego, volviéndonos más audaces, avanzamos con menos cuidado. Pero la cosa no estaba a la vista. Había alterado su curso en alguna parte. ¿Podría haber vuelto a la casa de Wayne?, me pregunté con aprensión. Después de media hora, mis compañeros estaban abatidos.

Fue entonces cuando un espantoso casco verdoso se elevó desde el suelo del pasillo y vino directamente hacia nosotros. Vernon lo enfrentó de inmediato con la piedra.

La cosa se detuvo, pero sólo por un momento; luego, un tentáculo se lanzó hacia adelante y golpeó a Hemery. Pero Vernon se interpuso, levantando la piedra, y la cosa en el pasillo cayó hacia atrás, silbando de manera extraña. De la oscuridad que teníamos ante nosotros brillaba un trío de ojos crueles y malignos, y la abertura que servía de boca se abría bostezando. En el mismo momento, su cuerpo comenzó a brillar con una misteriosa luz verde mar. Luego, una vez más, la cosa vino hacia nosotros.

Lo que sucedió después permanece como una pesadilla de imágenes locas y fantásticas en mi memoria. La batalla con el monstruo desde el exterior parecía interminable, pero finalmente se alejó torpemente de la catedral de Hydestall y se dirigió al priorato. Allí luchó de nuevo, luchó durante mucho tiempo antes de desaparecer en las profundidades de un pasaje subterráneo.

Supongo que al final ya no éramos humanos en nuestra batalla con el monstruo inhumano, combatiéndolo centímetro a centímetro, forzando su retirada hasta que por fin se agachó y se escondió en el mismísimo ataúd del que había sido liberado cuando Geoffrey Malvern —como supimos más tarde— había arrancado tan imprudentemente la piedra estelar de la tapa.

No sabría decir cuánto duró la batalla, pero amanecía cuando los tres regresamos de la costa, exhaustos. El féretro, sellado una vez más por la piedra, yacía en las profundidades del océano, y los acontecimientos de la noche ya parecían una tenue e increíble pesadilla, tan irreal como el ser amorfo que había vuelto tan brevemente a su antigua vida en las ruinas del priorato.

Pero de dónde vino, en verdad, nadie pudo decirlo. Nadie podía decir por qué leyes había existido durante tantos siglos, para engordar y volver a crecer en un tiempo mucho más allá del suyo, para llevar su horror a un futuro lejano. ¿Y si en algún momento en los próximos años otro buscador toma la piedra una vez más y suelta a la cosa del exterior? ¿Quién sabe? En otros rincones de esta tierra puede haber otros

esperando su momento.